

fiere la noción más directa e inmediata de *imagen*. “La imagen—afirma— es el instrumento grande de la enseñanza. Lo que el niño adquiere de cualquier materia que se le presenta son simplemente las imágenes que él mismo forma con respecto a ella”.

En este aspecto particular, Dewey tiene su propia concepción pedagógica. Cree que la educación primaria no debe consistir en otra cosa que en hacer que el niño *se forme sus propias imágenes*. “Gran parte del tiempo y de la atención dedicados a la preparación y presentación de las lecciones se emplearía con mayor discreción y provecho educando la capacidad de imaginar del niño y procurando que esté continuamente formando imágenes definidas, vivaces y crecientes de los varios objetos con que se pone en contacto en su experiencia”.



OTRAS de las nociones fundamentales en la teoría de Dewey es la idea de *interés*. Su definición de que los intereses *representan capacidades en germen* es realmente original y afortunada. Los intereses constituyen, en otras palabras, *los signos y síntomas de la capacidad en crecimiento*.

Tal concepción permite a Dewey formarse una idea del grado de desarrollo de un niño, según sus intereses. “Estos intereses —dice— se han observado como reveladores del estado de desarrollo que el niño ha alcanzado. Ellos anuncian el grado a que está próximo a elevarse. Sólo mediante la observación continua y simpática de los intereses del niño puede el educador entrar en la vida del niño y ver para lo que está dispuesto y el

material sobre el que podría trabajar más pronto y fructíferamente”.

Otra de las originalidades de Dewey con respecto a esta noción de interés —un tanto inconcreta en otros educacionistas modernos— consiste en su prédica de que tales intereses *no han de ser ni fomentados ni reprimidos*. Que no se repriman los intereses es una orden de toda la escuela contemporánea, pero ésta, generalmente, exige que se los fomente y excite. En cambio, Dewey afirma que “excitar los intereses es substituir lo permanente por lo transitorio. El interés es siempre el signo de alguna capacidad oculta; lo importante es descubrir esa capacidad”. Cuando se fomentan exageradamente los intereses cree Dewey que se substituye el interés general por el capricho.

Con respecto a las emociones, también Dewey las subordina al concepto primario de *acción o actividad*. “Las emociones son el reflejo de acciones. Esforzarse en estimular o despertar las emociones aparte de sus actividades correspondientes es introducir un estado de espíritu insano y nocivo”.

A este respecto, Dewey afirma que los enemigos de la escuela no lo son sólo *el formalismo y la rutina*. El *sentimentalismo* constituye, él, un mal semejante, y lo considera “el resultado fatal de la tentativa de divorciar al sentimiento de la acción”.

EN términos generales, podemos considerar una teoría como la reseñada, desde su valorización como teniendo debidamente en cuenta los ideales *individuales y sociales*.

Dewey es acertadamente individualista en cuanto reconoce a la *formación del carácter* "como la única base genuina del recto vivir". Es cumplidamente valorizador de los valores sociales porque afirma que ese carácter individual recto "no ha de ser formado por preceptos, ejemplos o exhortaciones meramente individuales, sino más bien por la influencia de cierta forma de vida colectiva o comunal sobre el individuo".

Verdaderamente que la escuela ideal sería una como la propuesta por Dewey, que supiera lograr la reconciliación entre los ideales individuales y colectivos. Pero tal como él la propone, a través de exposición de métodos y principios, la escuela según Dewey sólo puede ser perfecta para su país y su tiempo, y la implantación total de sus más extremas conclusiones en los países latinos, y, sobre todo, en los hispanoamericanos, debe ser objeto de estudio y revisión.

Si la misión, al parecer histórica en estos momentos, de tales países, se nos ocurre es la de estructurar una verdadera cultura, es decir, la realización en las múltiples formas de la realidad humana de los ideales espirituales superiores, y, en cambio, otros países como el de Dewey parecen reservarse el incremento de los valores meramente *exteriores* de la existencia, dentro de una concepción y acción *pragmática y empírica*, una escuela exageradamente *activa*, anti-conceptual y sin ningún formalismo puede hacernos perder muchos de nuestros valores clásicos.

Señalamos este peligro, porque para nosotros, la vida no puede ser exclusivamente *acción*. Si, como quiere el mismo

Dewey, en uno de los párrafos un tanto contradictorios de su *Credo Pedagógico*, "el maestro es siempre el profeta de Dios verdadero y el introductor en el verdadero reino de Dios", sería oportuno reflexionar sobre algunos aspectos extremos de su teoría, que, al ponerse al servicio de una vida material y de empresa, si bien supera el egoísmo individual en función de valores sociales, no haría más que extender a esta última instancia —la de una colectividad determinada— las negaciones de la fraternidad humana universal, cristiana y espiritual, fraternidad que debe ser necesariamente objeto de doctrina en el niño, más allá de la cruda experiencia y de la acción material inmediata y urgente.

FILOSOFOS EXISTENCIALISTAS: ORTEGA Y GASSET, UNAMUNO, XAVIER ZUBIRI

1. ORTEGA Y GASSET

DENTRO del pensamiento filosófico actual, Ortega y Gasset es, sin duda alguna, uno de sus máximos representantes. Hablamos del filósofo, y no del profesor de filosofía; mejor aún, del culturalista. No se diga que en donde falta el sistema, el rigor lógico, está ausente también toda filosofía. Don José Ortega y Gasset pertenece a un período que pudiéramos llamar de disolución de sistemas, y que, modernamente, profesaron Nietzsche y Bergson, entre otros.

Filósofo, pues, militante, que piensa y sabe teorizar como pocos: con poderosa inteligencia, frase feliz, metáfora justa; con una prosa siempre musical, cargada de relumbres poéticos. Ni uno solo de los fenómenos culturales de actualidad se escapan a la finísima atención y claro talento de Ortega: la última teoría científica en Europa, el libro interesante más reciente... Así se explica que en la obra orteguiana floten constantemente influencias de Fichte, Hegel, Nietzsche, Dilthey, Bergson, Simmel... Pero lo adquirido, la aportación ajena se transforma maravillo-

samente entre sus manos, para decirlo después con maestría insuperable: he aquí otra de las formas egregias de ser también original. *"En cualquier punto que Ortega aborda en sus fugaces ensayos —sostiene el P. Iriarte¹— pone algo propio, y no sólo estilo, sino contenido; pone correcciones, esclarecimientos, puntos de vista, ideas complementarias, contrastaciones, consecuencias no advertidas, precisiones sobre otras mal deducidas, observaciones finísimas, análisis psicológicos primorosos; y el caudal interpretativo personal que aporta a veces es suficiente para dar al tema sabor y colorido orteguiano"*.

Admiramos a Ortega y Gasset por sus dotes intelectuales y de escritor realmente extraordinarias, por su don inimitable de sabios encantamientos: es a la vez filósofo, poeta, historiador y periodista. Pero no compartimos con el maestro las líneas esenciales de su magisterio doctrinal. Enigmático y altivo, gran equilibrista mental, no se asienta en el tema hasta agotarlo, hasta captar y transmitir los íntimos temblores del problema. El doctor Díez Blanco, por esto, le ha calificado con acierto: *"Es Ortega un formidable ojeador (venator) de liebres filosóficas. A cada paso saltan, sorprendidas en sus escritos, pero el escritor no las sigue, se contenta con levantarlas, entonces hace una pirueta y pasa a otra cosa, a buscar otra liebre, a veces con gran desesperación del lector, que se regocijaba creyendo iba a cobrar pieza"*.

"Ortega, que ha sido el mayor suscitador de temas, también es el que ha asesinado más. Los ha sacado, nos los ha mostrado en alto, refulgente, nos ha encalabrinado, para escamotearnos

en seguida, cuando apenas habíamos podido distinguir algo más que su brillo. (Fernando Vela: Prólogo - conversación a Goethe desde dentro).

Es por lo que el pensamiento orteguiano se nos presenta siempre bajo el signo de la dispersión, sin un definido perfil. Lo hallamos diluido en cientos de brillantes páginas literarias, que son ejemplo de perfecta dicción. Y es un pensamiento bautizado por el propio autor con el nombre de *ratiovitalismo*. Solución integral que nos presenta Ortega frente a la oposición realismo-idealismo. Lo que, en otros términos, quiere decir: No podemos prescindir de la razón, de esa "acción intelectual que nos pone en contacto con la realidad"; pero ha de estar condicionada por la vida.

Tal es el secular litigio —razón y vida— que no acierta a armonizar Ortega y Gasset en una superior unidad de equilibrio. Porque su concepto de vida no es sinónimo de "nuestro ser" o "*vida total y armónica del hombre*" sino como equivalente de "*una parte de nuestro ser*", y por cierto, la parte inferior, sensible, que es la que más aparentemente cambia; que está constantemente en movimiento del modo más aparatoso. Como el signo de vivir es moverse, quizá por esto fácilmente tomamos a veces por vida este perpetuo bullir de los sentidos, con las tendencias, sentimientos y emociones que se suscitan en el alma, junto con ciertos impulsos pasionales que acompañan esta vida inferior frecuentemente².

Tampoco nos gusta en Ortega ese afán casi constante por

cosas nuevas, con mengua y detrimento de la "verdadera verdad". Tal parece que se propone lograr, por encima de todo, el éxito como un gran modisto de las ideas que nos brindase las últimas novedades de la Cultura, presentadas y enriquecidas por el genio singular de una individualidad poderosa.

Pero nos alejamos casi insensiblemente del objeto principal de este ensayo. Queremos saber si Ortega y Gasset es o no existencialista. Y nada mejor para ello que escuchar sus propias palabras:

*"Apenas hay uno o dos conceptos importantes de Heidegger que no preexistan a veces con anterioridad de trece años en mis libros. Por ejemplo: la idea de la vida como inquietud, preocupación e inseguridad... se halla literalmente en mi primera obra, Meditación del Quijote, publicada en ¡1914!"*³.

Conformes. Cuando Ortega y Gasset afirma que la vida es circunstancial, que no somos sino una mensurabilidad del tiempo, no hace más que situarse en la línea del *Dasein* o existente humano de Heidegger, constitutivamente condenado a un no tener horizonte alguno ultratemporal. Es más: *"La idea de eternidad del ser incondicionado, brota, según Ortega, en el hombre, porque ha menester de ella como contrapuesto salvador a su ineludible circunstancialidad. Se duele el hombre ser de un tiempo y lugar, y la quejumbre de esa adscripción de la gleba espaciotemporal retumba en su pensamiento bajo la especie de la eternidad. El hombre quisiera ser eterno precisamente porque es lo contrario"*.

Es decir, que el ser no es fijo e inerte, sino fluencia pura; es vida, y ésta es, en su esencia, tratar con el mundo, con la circunstancia. *"Vivimos aquí y ahora, en este lugar y minuto. Aunque tenemos cierto margen de posibilidades dentro del mundo, no podemos elegir el mundo que vivimos. Esto da a la existencia un gesto dramático, porque vivir es encontrarse de pronto arrojados, sin saber cómo ni por qué, en un mundo intercambiable. Nuestra vida comienza por esta sorpresa, en un orbe premeditado"*. La idea orteguiana del hombre como un ir siendo está desarrollada también en Heidegger: *"El análisis de la sucesividad del humano estar intenta mostrar que este ente no es temporal porque está en la historia, sino porque, al contrario, sólo existe y puede existir sucesivamente porque en el fondo de su ser es temporal"*.

Sigamos buscando analogías y antecedentes. Es ahora el profesor García Morente ⁴ quien dice:

"En 1929, en la lección de su curso de Filosofía en la Universidad de Friburgo (después de haber publicado varios años antes su gran libro Ser y Tiempo), Heidegger, en ese discurso inaugural que lleva por título ¿Qué es Metafísica?, terminaba con esta pregunta: ¿Por qué existe ente y no más bien nada? Cuatro años antes, en un trabajo periodístico —como muchos de él— publicado en Madrid, don José Ortega y Gasset usaba como título para este trabajo esta frase: Dios a la vista, como cuando los navegantes, desde la proa del barco, anuncian tierra. Si se ponen en relación esas dos frases, se verá cuán

profundamente resurge en la Metafísica actual la huella profunda de Dios."

A su vez, Laín Entralgo⁵ reconoce que Ortega ha expresado con antelación multitud de coincidentes atisbos, pero bajo planos diferentes de meditación. Heidegger se propone elaborar una ontología fundamental mediante su *Analytik des Daseins* como tema y la fenomenología como método. Deliberadamente delimita su problema de toda posible confusión con la antropología filosófica, la psicología y la biología. Ortega constituye una antropología filosófica historicista. Y unos y otros, he aquí la coincidencia genética, heredan y cultivan la obra de Dilthey y Bergson. Admitidas como ciertas estas apreciaciones de Laín, nosotros llegaremos incluso a suscribir enteramente las propias palabras de Ortega: *"Apenas hay uno o dos conceptos importantes de Heidegger que no preexistan a veces con anterioridad de trece años en mis libros..."* Pero, cuidando de precisar bien los términos. Hay, sí, nociones o conceptos anticipados, pero como adivinaciones o atisbos fugaces únicamente. La mente egregia de Ortega sembró a voleo unas cuantas ideas existencialistas, que no llegaron a germinar, no se articularon en cuerpo de doctrina ofreciendo una trayectoria indiscutiblemente metafísica como sucede en Heidegger. Una vez más el signo orteguiano cumple aquí su misión: la de levantar o suscitar temas, para escamotearlos después. *"Cuando apenas podíamos distinguir algo más que su brillo"*.

No es, pues filósofo existencial don José Ortega y Gasset.